

incluye la reflexiva relación del hombre consigo mismo, así como una vinculación con el mundo, con su prójimo personal y con las sociedades. Puede concebirse, según Kant y Scheler, Marx y Feuerbach, Nietzsche y Kierkegaard, Dilthey y Heidegger, Jaspers y Buber, así como según Ernst Michel, Romano Guardini, Eduard Spranger, Theodor Litt y Helmuth Plessner, no sólo como un yo centrado en sí mismo, sino como la interpretación del yo y el mundo, del yo y la comprensión del ser, del yo y la relación social, como autorrealización e influjo ajeno, como la determinación propia y extraña, como la relación de monólogo y diálogo. El hombre no ingresa en el mundo como un yo independiente para apoderarse de él por poder propio. Desde el primer grito de socorro debe atenerse a él con todas sus estructuras y contenidos diferenciados. En el instante en que el ser humano en germen abandona su microcosmos del claustro materno, para, ya como hombre, ingresar en

el macrocosmos de su campo vital, se inicia este encuentro y enfrentamiento con el mundo de las cosas, de la vida, de los hombres y finalmente, más no en último término, consigo mismo. Es ya verdadero hombre, pero todavía no verdadera persona. Con el hombre como ser nacido la persona sólo está dada "in statu nascendi". El hombre recién nacido verifica la persona cuando para ello están dadas las condiciones naturales, materiales, sociales y sobre todo espirituales, y cuando son "percibidas". El llamado social regazo materno es el ámbito cultural en el que el producto natural individuo humano puede desarrollarse, en la fase extrauterina, como persona verdadera y efectiva. Si en torno falta este campo, persevera la humana criatura en el juego de sus "defectuosas" condiciones naturales. Sigue siendo hombre, pero no se comporta como persona. Se mantiene en aquella fase en la que los chinos temían recaer cuando decían que el hombre pierde su rostro.

*(traducción especial de Ramón de la Serna)*

## LA SABIA HUMILDAD

La cultura es una categoría del ser, no del saber y la experiencia, algo que se convierte en el modelado, en la configuración de esta humana totalidad del ser. Sólo que no precisamente como en la forma de una estatua, de un cuadro, modelado y configuración de una substancia material, sino como modelado y configuración de una totalidad viva en la forma del tiempo.

Al "culto" se le ordena de algún modo, ya en el devenir de la experiencia, la vivencia de este devenir en una totalidad del mundo —en un microcosmos— toda sentido, toda forma noble y cabal, inteligentemente graduada y articulada y esto acontece ante él y ante su espíritu sin clara conciencia de haber sido él mismo quien le ha dado forma. Por eso es tan propio de lo que constituye la esencia de la verdadera sabiduría de la cultura el no ser insistente, el ser sencillo, humilde, remoto a lo sensacional, tácito, ajeno a la ostentación, natural, siempre consciente de lo limitado del saber que se posee. La cultura orgullosa, el saber arrogante, son incultura a priori. Lo es, antes que nada, la culta presunción. La auténtica sabiduría de la cultura, por lo tanto, sabe siempre muy bien lo que no sabe. Se trata, simplemente, de la noble y antigua "docta ignorantia", se trata, siempre, del puro no saber socrático.

MAX SCHELER